

# EVOLUCIONARIA    REVOLUCIONARIA

~ nuestro abuelo es el demonio con cara de babuino ~



Buenos Aires, Argentina, octubre 2010, ©B

# 1.

“Nosotros, los fatigados, buscamos un puerto”, se lee en el frontispicio de la casa principal de Snug Harbor, en Staten Island [estado de Nueva York, EUA]. Construida en 1833 como hogar de marineros jubilados, se ha convertido ahora en un complejo de edificios que alberga al Contemporary Art Center. Allí vi, en noviembre de 2003, una exposición titulada “El hilo invisible: espíritu budista en el arte contemporáneo”, destinada a mostrar la penetración de la espiritualidad oriental en el arte de occidente. Entre instalaciones, videos, cuadros y esculturas de unos cincuenta artistas, encontré un saloncito donde se mostraba *Gabriel*, el único video filmado por Agnes Martin (1912 - 2004) en 1976, cuando tenía 64 años.

Éste y otros videos comprueban que el arte moderno no acepta la disyunción clásica de lo estático y lo dinámico (véase: Adorno, *Teoría Estética*). De hecho, no es paradójico que la tecnología del video, que permite el movimiento, haga posible experimentar la quietud de modos más intensos que la inmóvil escena de un cuadro. Estamos acostumbrados a repasar paredes de museos, deteniéndonos aquí o allá, siempre a paso lento pero casi incesante. Nos detenemos, pero esas escalas son cuestión de segundos, a lo sumo, no más que un puñado de minutos. El video de Agnes Martin, como los de Bill Viola (en esta exposición vi también su *Reflecting Pool*), que imponen un ritmo peculiar al espectador, exigen otra clase de entrega. La diferencia radical con la pintura es precisamente el tiempo de la recepción. En los cuadros, donde Agnes Martin teje laboriosamente el lienzo con líneas desvaídas, sólo distinguimos un matiz de color si las miramos mucho y con intensa atención. Pero si con la pintura tenemos la libertad de detenernos o de pasar al próximo, con el video la lentitud se nos impone, y es mucho mayor que la más detenida mirada de un cuadro.

De hecho, el saloncito oscuro donde se mostraba *Gabriel* estuvo vacío la mayor parte del tiempo; entraban algunos parroquianos, se sentaban un rato, pero terminaban saliendo lentamente del lugar. Comprensible. Empiezo a mirar el video. Después de los primeros segundos en los que capto la imagen que me propone la cámara, me distraigo; de a ratos la lentitud exacerba la incomodidad, me entretengo en florilegios de

asociaciones triviales, inquietas; advierto que no estoy tan acostumbrada al silencio como creía, y que, a pesar de mis quejas contra el ritmo veloz de nuestros tiempos, yo también soy criatura de superficie y velocidad (en *With My Back To The World*, un documental de Mary Lance del año 2003, Martin dice que hizo la película para protestar contra el cine comercial, con su proverbial violencia y sus efectos especiales, contra la vida acelerada y agresiva de nuestros tiempos). Debo admitir que sólo porque me gusta el arte de Agnes Martin y también por curiosidad —porque no la imaginé nunca haciendo nada que no fuera arte abstracto—, contengo la impaciencia y sigo mirando, como sea. Hasta que caigo, no sé realmente cuándo, en el pozo iluminado de una certeza casi física. Es cuando la capacidad de conceptualizar, insatisfecha con los pocos datos y los lentísimos cambios que el video ofrece, se cansa de procesar la misma escena. Y precisamente gracias a ese cansancio, ya distraída la mente, puedo “ver” por fin, casi con la fuerza con la que ven los ojos, alguna “idea” que es de naturaleza diferente del pensamiento articulable, articulado y siempre rápido con el que acostumbramos a pasar revista y juicio por la superficie de las cosas.

En *Gabriel*, la filmadora se detiene interminablemente en una flor, una cascada no espectacular, un tronco, una ribera, un cielo. La lentitud extremada de la cámara, que morosamente se detiene y vuelve a detenerse, dota a la escena de toda su espléndida irrealdad, y entonces pienso que ese bosque, esa cascada, aquella espuma, son lo que son y son también los vestidos de un sentimiento indecible que tiene toda la fuerza de un universal. Si llamamos abstracto al arte que no representa objetos del mundo, a primera vista nada parecería más figurativo que este reino de imágenes, formas y colores familiares. Pero en el video de Martin simultáneamente asisto a la representación material de una escena y a algo que, me atrevería a decir, constituye casi un eclipse de esa materialidad de las imágenes. La película no ofrece historia alguna en la que pudieran hacer pie distracciones o reflexiones que propusieran otra secuencia que la del camino literal que hace Gabriel por la montaña. La total ausencia de “historia”, de causas y de efectos, es lo que Martin llama “abstracción”. En el documental al que me referí, la artista dice, por ejemplo, de sus cribas: “Me llevó veinte años... No mostré ni vendí nada... pero finalmente encontré lo que quería, completamente abstracto, absolutamente vacío de siquiera una

pista o vestigio de causa en este mundo". Mirando el video, veo, en efecto, esa belleza sin historia, recibo un registro de emociones, estados psíquicos, sensaciones puras, despojadas de anécdota. Me doy cuenta de que, al fin y al cabo, como sus cuadros, este video de Martin es también arte abstracto. Sólo ha cambiado la materia; en vez de cuadriculados de papel de arquitecto, bosque, agua, margaritas. Se trata de lo que Adorno señala como una de las marcas del arte moderno, esa evisceración de la realidad (y del sujeto), donde lo concreto sigue existiendo sólo como una máscara de lo abstracto y el particular determinado no es sino un ejemplar de lo universal que sirve como su camuflaje.

M. Ana Diz

## 2.

Desde el fondo de la sala oscura y ondeando la cortina al viento, el vitral blanco de flores blancas y rosas parece un altar espontáneo, como una manzana o una brizna de hierba pueden serlo en la hora de necesidad. Es decir, a cualquier hora.

Bárbara Belloc

## DATA

FOTO TAPA: SONNICHSEN

**1.** M. Ana Diz, tomado de "Samsara. Agnes Martin o la estética de la quietud" (inédito, 2006). Se publica con su permiso (y un gran abrazo mi parte).

**2.** B, "El misal de mi yoga" (inédito, 2004).